

ANGELES MENDIETA ALATORRE

¿UNA GENERACION DESENCANTADA?

HM101
M45

Sobretiro de HUMANITAS, Número 15.

Universidad Autónoma de Nuevo León, 1974.

HM101

M45

HM 101
M 45

1020081275

¿UNA GENERACIÓN DESENCANTADA?

Por ANGELES MENDIETA ALATORRE
Asociación Mexicana de Sociología

Contenido: Prólogo. — ¿Nuevos Valores? Unirse para el odio. — Desacralización: orfandad espiritual. — Sexo: se destruye un mito, nace un fetiche. — ¿Equivocados pioneros, víctimas o héroes violentos? — ¿Protesta para alcanzar una convivencia justa o instauración de otra forma de poder? — En uno u otro caso, ¿una generación ha sido sacrificada?

PRÓLOGO

DE ALGO PODEMOS estar ciertos en un tiempo quebrado, transido: vivimos una época de profundos cambios sociales cuya consecuencia inmediata multiplica respuestas y crea graves excisiones; es así como se han formado grupos de rechazo, aceptación o entusiasmo, con las dosis correspondientes de sufrimiento humano debido a la tensión a la cual todos nos vemos sometidos.

El impacto de renovación o deterioro funciona en razón inversa a la edad, de ahí que los más jóvenes parecen ser más sensibles a su nueva circunstancia. Nuestro país registra como población mayor a jóvenes y niños, de ahí la preocupación de las generaciones adultas. Nuestro paternalismo tradicional nos trae a mal traer habida cuenta de que los jóvenes están haciendo el mundo en el que ellos quieren vivir y de poco o nada servirán nuestras llamadas; empero, por honestidad que se apoya en la propia convicción, es legítimo señalar los riesgos y advertir cuán dañada puede quedar una generación que responde con violencia a las presiones del cambio social, no muy bien definidas, inciertas y aparentemente ajenas al patrimonio espiritual. La finalidad no es lograr la rectificación —también nosotros somos ajenos a la inocencia— sino para tratar de encontrar con el planteamiento de las dudas, una actitud más propicia para entablar el diálogo. Bien a bien, quizá también esto pueda ser calificado como un deseo un

797
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
55795
FONDO UNIVERSITARIO

tanto mezquino de perseverancia, pues siempre los mayores dejan su mejor legado con el fin de prolongar lo mejor de su propia heredad.

Grandes líneas, aparentemente irreversibles —supongo que nadie gustará de retroceder su vida en el reloj del tiempo— señalan dos caminos diferentes y la disyuntiva puede ser total: una que presagia el comienzo de una nueva forma de convivencia humana, más justa, menos ambiciosa en cuanto a la captura de la felicidad humana y por ende más limitada y, por otra parte, la instauración de otras formas de poder con estructuras más demoleadoras, pero consideradas como un paso necesario dentro de la experiencia, en el proceso histórico de la vida humana.

Congruente con la objetividad de la investigación sociológica, se señalan solamente los fenómenos sociales, principalmente los de nuestro país, revisión válida como testimonio, ajena a la toma de juicios de valor, más difíciles e inciertos en los tiempos de cambio.

La imposibilidad de poder alcanzar mayores horizontes, confiere por lo tanto a este trabajo, las limitaciones de lo que puede ser la crónica o la historia, esto es, apenas el comienzo elemental de una indagación.

¿NUEVOS VALORES? UNIRSE PARA EL ODIOS

Numerosas corrientes de opinión parecen haber roto un mundo de sólida apariencia asentado comodamente en teorías desgastadas. Sin embargo, es probable que tampoco los cambios sean definitivos pues la sociedad es algo cambiante cuyo proceso se adelanta y consolida en trasmutación parecida a la complejidad humana.

Conviene anticipar: inmersos en la propia circunstancia de conflicto, los hechos parecen a veces contradictorios por falta de perspectiva. Ignoramos si algunos pueden prevalecer, tampoco este apunte es de carácter crítico. Sabemos que algo puede ser preservado a ultranza, no poco relegado y acaso alguna cosa menor, elevada o restaurada.

En trazo elemental, esquema apenas, estas son algunas de las características más dramáticas que han recaído sobre un mundo en formación como es la juventud, penetrándolo, distorsionando su vida o modificándola.

Lo más ostensible parecen ser los nuevos valores.

¿Otros valores? ¡Cómo! ¿Acaso otros valores, ahora —de repente— nuevos, realidades intemporales pero históricas, concretas, donde uno configure su propia vida como destino, entre el ser y la nada que apremia la muerte? No los hay ni podrá haberlos. Son nuestros valores en tanto que criatura humana in-

conclusa. Habrá estilo de vivirlos, y cada época perfila el suyo, imagen del mundo en Dilthey. Engarce de lo temporal y lo eterno. Tampoco podemos crear valores. ¿Habremos creado, por ejemplo, la verdad, la justicia? (F. Carmona Nenclares: *Cultura que sirva al hombre*.) Esta es nuestra posición, sin embargo hay algo que desasosiega y escuece, como una trasposición de la cual no estamos bien ciertos, o sea del añadido de lo valioso a aquello que antes se encontraba totalmente despojado de valimiento.

Por ejemplo, la *destrucción como valor*: ¿Valentía de romper, de enfrentarse? Viejo es el tema del enfrentamiento humano, la sañuda imagen de la guerra, la ira del iconoclasta; pero ahora sucede que en esta actitud no hay fines por alcanzar, sino que parece estar en la violencia misma el principio y el fin. No se ven las banderas, sobre todo entre los jóvenes. Algunos aducen que todavía no están preparados. “Las expresiones juveniles carecen de mensaje”. (T. Ramírez: *¿Generaciones vacías?*)

La destrucción adquiere perfil de paradoja, pues se acepta la certeza de carecer de la habilidad para construir. No se ve o no se quiere ver, qué puede sobrevenir, como si esa ceguera formara parte del presentimiento fatal. La consigna parece ser: nos toca destruir, a los demás corresponderá hacer mañana su parte.

¿Qué más? Un contumaz *apresuramiento* y, por ende, en la contrapartida, el desprecio a la obra paciente. Unos y otros hemos sido arrebatados en el vértigo y la velocidad, atrapados en las ruedas de las máquinas, desplazados del camino grato. Así sobreviene el miedo de no estar “in”, temor de quedarse rezagado, no se sabe bien para qué es la carrera, pero tampoco cuenta. Vivir al día, como los antiguos guerreros que ignoraban si el destino les depararía el gozo del mañana. En el trasfondo, quizá, se reinvierte en cada hora la pesadumbre de saber que un botón de mando puede provocar el desastre final.

También dentro de esta convicción cabe la consigna: todo lo permanente debe ser destruido, todo lo estable, asesinado. La obra lenta, benedictina, se desprecia. Pero sucede que el deslumbramiento provoca ceguera momentánea, lo cual impide ver las metas de llegada. Correr, partir, sin billete de vuelta, sin estación marcada, deviene en aniquilación. “El hombre moderno piensa que pierde el tiempo si no actúa con rapidez; sin embargo, no sabe qué hacer con el tiempo que gana, salvo matarlo”. (Eric Fromm).

Veamos un ejemplo en la vida de los jóvenes: el estudiante se encasilla en la plétora de la información. Para fijar rápidamente los conocimientos se aplican métodos tan sutiles que pueden llegar hasta la violencia psicológica. El apresuramiento compulsivo impide “tragar” la cultura, digerir la ciencia. Seminarios, cursillos de adiestramiento rápido, lectura mecánica, idiomas fijados por medio del ensueño, educación intensiva, todo lleva un visible engaño.

Alguien habló ya de las píldoras del saber —¿Ezequiel Martínez Estrada?— o sea esos estudios realizados para acrecentar los créditos del *curriculum vitae*, ajenos al verdadero conocimiento y menos a la sabiduría.

Pero es ciertamente la exigencia impuesta a los jóvenes; ellos saben que deben estar listos a los 22 años porque a los 28 serán elementos desechables y encontrarán cerradas las puertas de las grandes compañías. La vida en las grandes ciudades se ha vuelto parecida a los cursos de enseñanza, sus habitantes son como bólicos ciegos, incapaces de disfrutar del camino, como buenos viajeros de esta vida, sin saborear las pausas. Correr con miedo pánico para no quedar rezagado, terror a no estar listo a la hora exacta, impaciencia por marcharse. Otro sí: dar validez a los medios, no a los fines.

Como todo movimiento que nace, la nueva conciencia necesita adeptos para buscar la *solidaridad*. La “concientización”, palabra fea, ha menester de identificaciones para que sus miembros sean reconocidos. El manejo de las conciencias, la manipulación de las multitudes a base de símbolos como signos de identificación, presenta numerosas gamas, desde el lenguaje cifrado hasta la vestidura estafalaria, tal como lo hicieron con el pez los antiguos catecúmenos.

También hay necesidad de fortalecer esa identificación, con periódicos, festivales y reuniones, sin fronteras geográficas (*happenings*) donde no se comenta la realidad, sino se evade por medios diversos como la droga, que provoca en algunos la supuesta visión de paraísos artificiales o se lanza a los mismos al desasimiento total, por medio de la estridencia de las ondas sonoras en el límite mismo del rompimiento de los tímpanos. No hay héroes tampoco y si los hay, son efímeros y pueden ser sustituidos.

Pero la solidaridad puede ser negociada y cualquier circunstancia de conflicto se aprovecha para gritar la disidencia y fortalecerla. Naturalmente, la vida estudiantil presenta numerosas grietas que se manejan arbitrariamente:

“El problema no es de autonomía sino de ideas. Los nuevos mexicanos, en la Universidad, expresan a su manera de adolescentes la incultura y la barbarie de nuestro país; la asombrosa habilidad para transformar un argumento razonable en prejuicios fácilmente refutables; persistiendo a la vez, en una característica nacional: unirse para el odio. La joven generación puede dividirse en dos vastos grupos: el de los indiferentes, profundamente individualistas, preocupados por un incierto destino personal —entre los cuales están los mejores— y el de los que crean el desierto de la razón. Los primeros dialogan y los segundos constituyen el reino de la acción directa.”

Gastón García Cantú añade las palabras del maestro “bajo las especies de sindicalismo y fascismo aparece por primera vez un tipo de hombre que no

quiere tener razón, sino sencillamente se muestra resuelto a imponer sus opiniones. He aquí lo nuevo: el derecho a no tener razón, la razón de la sinrazón (mínimo homenaje a Ortega y Gasset).

Por otra parte, los jóvenes, debido a su entusiasmo y a su frescura, no parecen darse cuenta de que han sido manejados. Hay calcas, planes fijos, impuestos a sangre y fuego. Del cable internacional: “Cinco mil estudiantes piden la destitución del gobierno. Una radioemisora clandestina conmina al presidente a salir a la calle a dialogar. Se solicita pan, libertad y democracia. Se denuncian los intereses norteamericanos. El gobierno culpa a los extremistas y a los ingenuos que los siguen. Estudiantes y obreros insultan a los soldados. Un tanque aplasta la verja del Politécnico. La golpiza fue inmisericorde. Hay 600 heridos y 200 muertos. Oficialmente 9. Los vecinos de las casas cercanas abrieron sus puertas para proteger a los estudiantes. Una periodista extranjera resultó herida”. No, no es crónica mexicana de 1968, sino noticia del 17 de noviembre en Grecia.

Dentro de todos estos signos cruzados, parece campear la *justificación de la violencia*.

Este es uno de los temas más perturbadores. Para el observador de la historia, para el estudioso de la sociología, la justificación de la sangre para destruir la ignominia, la esclavitud o la injusticia, es un fenómeno recurrente, asaz válido. Pero en el tiempo en el cual estos hechos parecen enlazados, cuando no se sabe hasta dónde está la justificación de algunos actos y dónde intervienen ya los criminales, estas cosas parecen profundamente contradictorias. Por ejemplo, ante la ola de asesinatos de nuestro “septiembre negro”, cuando la sociedad mexicana se vio estremecida de espanto por los asesinatos realizados por los secuestradores que solicitaban dinero para la lucha política, los llamados “presos políticos” se apresuraron a negar su relación con los mismos y a precisar que, si bien ellos también cometían “expropiaciones”, eran ajenos a esas terribles matanzas. En todo caso, podrían ser juzgados como reos de mal ejemplo por desatar fuerzas que han llegado al exterminio.

Las palabras de violencia han creado el caos o propiciado estas infamias. Los extremistas de todo el mundo no vacilan en decirlo abiertamente: “La humanidad no será libre, hasta que el último capitalista haya sido ahorcado con los intestinos del último burócrata”. “Los estudiantes extremistas de hoy justifican la violación a la ley con el fin de promover el cambio”. “Se necesita una generación de gentes anormales, locas, irracionales, sexuales, irritadas, irreligiosas y aniñadas” (Revista Vértice, 13 de enero de 1969).

Sí, precisamente es la generación que nos conmueve, sacrificada, crucificada para dar advenimiento a otra quizá no muy convencida de lo que hicieron sus mayores.